

## TRABAJO E IDENTIDAD EN LA LÓGICA CRISTIANA DEL DON

*Summary: This article asserts the need to rediscover labour as an essential human dimension and a necessary expression of the person's dignity and identity. The human being is an innate "worker" and, through labour, he/she expresses and develops his/her more authentic self. Thus is to be understood Pope John Paul II affirmation that "Work is probably the essential key to the whole social question". The discourse is founded on a Christian anthropology, which lays the foundations for the free and complete giving of oneself. In this way, the Cartesian statement "I am thinking, therefore I exist", becomes "I am loved, therefore I exist".*

El presente artículo afirma la necesidad de recuperar el trabajo como dimensión fundamental del ser humano y expresión necesaria de su dignidad e identidad. El hombre es naturalmente "trabajador" y, a través del trabajo, afirma su ser más auténtico. Se parte de una antropología cristiana, basada en la gratuidad y abierta a la trascendencia. De este modo, el dicho cartesiano "pienso, luego existo" se cambia en "soy amado, luego existo" (*amor ergo sum*).

La actividad laboral expresa y condiciona la forma en que la persona percibe su propia identidad<sup>1</sup>, mientras que la ausencia de un trabajo estable puede dañar la autoestima y llevar a una profunda frustración<sup>2</sup>. Por eso mismo, resulta preocupante la progresiva pérdida del sentido y de la centralidad del trabajo en la sociedad actual<sup>3</sup>. El trabajo es visto como una mercancía, valorado en función del salario, considerado ajeno a la propia realización personal y sin relación directa con el bien común<sup>4</sup>. Este reduccionismo lleva

---

<sup>1</sup> "Sea cual fuere el tipo de trabajo, el trabajador debe poder vivirlo como expresión de su personalidad". CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Libertatis Conscientia*, [=LiC], 22-03-1986, en *Acta Apostolicae Sedis*, [=AAS], 79 (1987) 554-599, n. 86.

<sup>2</sup> Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, [=CEC], Madrid 1999, n. 2436; Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Laborem Exercens*, [=LE], 14-09-1981, en AAS 73 (1981) 577-647, n. 18.

<sup>3</sup> El concepto de trabajo varía históricamente y refleja la concepción antropológica subyacente. En modo genérico, lo entendemos como cualquier actividad con que el hombre produce bienes o servicios para sí mismo o para los otros. No se reduce, por tanto, al trabajo dependiente o asalariado; también es trabajo la actividad del poeta. Cf. E. CHIAVACCI, *Teologia morale*, III/2, 3 vol., Assisi 1980, 192.

<sup>4</sup> Como toda actividad humana, el trabajo es vivido desde diversas perspectivas: económica, antropológica, psicológica, social, ética. La actual mercantilización del trabajo es fruto de una acentuación excesiva de la perspectiva económica, en detrimento de otras dimensiones más fundamentales.

a la alienación e impide el desarrollo armonioso del individuo como ser social.

### 1. El trabajo desde visiones antropológicas contrapuestas

La sociedad moderna se estructura en base al trabajo, pero éste es reducido a algo marginal, centrado en el tener (beneficios, consumismo) y no en el ser. El capitalismo lo ha subordinado a la producción, convirtiéndolo en un producto de consumo, sin más valor que el beneficio económico que reporta. La búsqueda ansiosa de la rentabilidad termina por deshumanizarlo, soslayando sus aspectos subjetivos y relacionales. En esta lógica económica, el trabajo facilita las relaciones de tipo comercial y la coexistencia pacífica, pero no mueve a la comunión ni ayuda a superar el propio egoísmo. Se trata de relaciones funcionales, impersonales, que no comprometen la identidad del sujeto ni le hacen sentirse responsable del resultado de su actividad. Reeditando el dicho “vicio privado, pública virtud”, el liberalismo afirma que la mano invisible del mercado convierte automáticamente en utilidad social lo que, en realidad, es una búsqueda descarada del propio interés<sup>5</sup>. También Marx niega que la ética pueda orientar eficazmente la economía, pues considera que es la economía, en cuanto realidad metahistórica, la que origina la moral<sup>6</sup>.

Habiendo arrinconado la ética en el ámbito privado, las relaciones laborales se hacen insolidarias y despiadadamente competitivas<sup>7</sup>. En lugar de colaboración, el yo autosuficiente intenta utilizar todo a su antojo, busca el sometimiento de los demás, excluye la trascendencia y trata el propio cuerpo como si fuera un objeto poseído. La misma naturaleza se convierte en objeto pasivo del dominio despótico del *homo faber*, que intenta someterla según el capricho del momento, sin sentirse implicado en ella<sup>8</sup>.

---

<sup>5</sup> Cf. A. SMITH, *Ricerca sopra la natura e la causa della ricchezza delle nazioni*, Torino 1950, 409. La sociedad liberal gira en torno al “espíritu del dinero”. Cf. A. ZHOK, *Lo spirito del denaro e la liquidazione del mondo*, Milano 2006.

<sup>6</sup> Cf. N. CHURCHICH, *Marxism and Morality, A Critical examination of Marxist ethics*, Cambridge 1994, 88.

<sup>7</sup> Un caso concreto es el “*mobbing*”, que consiste en hacerle la vida imposible a un trabajador en el ejercicio de su labor profesional. Cf. G. FAVRETTO, ed., *Le forme del mobbing. Cause e conseguenze di dinamiche organizzative disfunzionali*, Milano 2005.

<sup>8</sup> En la visión bíblica, sin embargo, la creación no es mera materia neutra que el hombre tiene que convertir en algo útil y positivo. “Vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien”. (Gn 1,31). “Las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte”. (Sb 1,14). La naturaleza es rica en sí misma, una bendición llena de potencialidades y de vida.

La filosofía occidental ha dado pie a la competitividad y a la mercantilización de las relaciones laborales<sup>9</sup>. Siguiendo a Descartes, la modernidad ha puesto al sujeto pensante en el centro de la realidad, como si él fuera la medida de todo y estuviese llamado a dominar y a transformar el mundo a su antojo. En este paradigma racional, todo gira entorno al sujeto y a su capacidad de comprender y de dar forma a lo existente<sup>10</sup>. La autosuficiencia del yo cartesiano es nuevamente ilustrada en las mónadas de Leibniz y altisonantemente proclamada en el superhombre de Nietzsche, que afirma su autonomía moral y su voluntad de potencia con respecto a los otros, a la naturaleza “irracional” y a la misma divinidad. Tanto el pesimismo como el exagerado optimismo antropológico terminan por aislar al hombre de los demás y de su propio entorno vital. La diferencia es vista como deficiencia, la alteridad como alteración, la unidad como homogeneización, dejando espacio libre al dominio despótico y a la destrucción del medio ambiente.

### 1.1. Trabajo mercantilizado y antropología pesimista

La mercantilización del trabajo y la exaltación individualista del yo dominador reflejan una profunda desconfianza en la naturaleza humana, que es vista como incapaz, por sí misma, de altruismo y solidaridad<sup>11</sup>. Se ha relacionado esta tendencia con la insistencia protestante en la total degradación que el pecado original ha provocado en el hombre<sup>12</sup>. En consecuencia, la

---

El trabajo debe respetar y evidenciar esa orientación hacia la vida impresa por Dios. (Las citas bíblicas en castellano están tomadas de: *Biblia de Jerusalén*, Bilbao 1976).

<sup>9</sup> Existe otra tradición filosófica en Occidente, representada por autores como Aristóteles, Ricoeur, Hegel, Habermas, Heidegger, que subraya las dimensiones de la vida social que no son meramente económicas ni están determinadas por la actividad laboral. Cf. G. MANZONE, *Il lavoro tra riconoscimento e mercato. Per una logica del dono*, Brescia 2006, 65-75; Cf. S. LABATE, *La verità buona. Senso e figure del dono nel pensiero contemporaneo*, Assisi 2004; G. PANIZZA, ed., *Il Dono. Iniziatore di senso, di relazioni e di polis*, Catanzaro 2003.

<sup>10</sup> Hemos desarrollado más ampliamente este tema en: M. CARBAJO NÚÑEZ, *La tradición franciscana, fuente de inspiración para una ética global de la hospitalidad*, en *Selecciones de Franciscanismo* 102/3 (2005) 411-431.

<sup>11</sup> El liberalismo considera que el individuo es ajeno y preexistente a la sociedad, con la que sólo hace un contrato de conveniencia y ante la que debe estar siempre vigilante. Los derechos son barreras para defenderse de los “lobos” que le rodean (*homo homini lupus*) y se habla poco de deberes.

<sup>12</sup> L.F. LADARIA, *Teología del pecado y de la gracia*, Madrid 1997<sup>2</sup>, 96-97; Cf. D. BONHOEFFER, *Ética*, Milano 1992, 121. “In 1619 the Synod of Dort, which set the main lines of Calvinist orthodoxy, taught that after the fall the human being was left in “blindness of mind, horrible darkness, vanity, and perverseness of judgment; became wicked, rebellious, and obdurate in heart and will, and impure in all his affections”. M.J. HIMES – K.R. HIMES, *Fullness of faith. The public significance of theology*, New York 1993, 30.

gracia se hace absolutamente necesaria; la autoridad civil tiene que ser fuerte para impedir las tendencias destructivas del pecado; el trabajo no es colaboración con el Dios creador, sino obediencia, castigo, medio de expiación.

El puritanismo invita a redimirse practicando sin reservas la laboriosidad, diligencia y puntualidad, que adquieren valor en sí mismas, sin una relación explícita con la caridad<sup>13</sup>. Se crea así una fuerza laboral disciplinada y eficiente, que será muy útil al sistema económico capitalista. La desocupación atenta contra la fe y destruye la esperanza. Los pobres y vagabundos no infunden compasión, sino desprecio, pues Dios no quiere que se viva de la limosna<sup>14</sup>; por tanto, o se integran en la actividad productiva o serán castigados, incluso civilmente. En el calvinismo norteamericano, se valoriza la búsqueda del éxito económico, hasta convertirlo en signo de predestinación<sup>15</sup>.

Weber afirma que el individualismo liberal y el espíritu del capitalismo encuentran un terreno propicio en las tensiones psicológicas que la fe calvinista provocaba en la praxis del creyente<sup>16</sup>. Siguiendo la línea de Weber, se afirma que la iluminación divina interior es sustituida, en el pensamiento liberal, por la luz de la razón, que posibilita el acceso de todos a la ley moral (*yo ilustrado*)<sup>17</sup>. Al difuminarse la tensión trascendente, la persecución sis-

---

<sup>13</sup> M. WALZER, *La rivoluzione dei santi. Il puritanesimo alle origini del radicalismo politico*, Torino 1996, 247; M. MIÈGGE, *Vocation et travail. Essai sur l'éthique puritaine*, Genève 1989. El puritanismo surge en Inglaterra, en la segunda mitad del siglo XVI, con el objetivo de reformar el anglicanismo de acuerdo con la línea de la teología calvinista.

<sup>14</sup> H. LÜTHY, *Puritanesimo e società industriale*, en ID, *Da Calvino a Rousseau. Tradizione e modernità nel pensiero socio-politico dalla Riforma alla Rivoluzione francese*, Bologna 1965, 67.

<sup>15</sup> Aunque las obras buenas del fiel protestante pudieran ser vistas como indicio de la elección, su praxis no responde a motivos utilitaristas, sino a la fe en Dios. El horizonte sigue siendo teocéntrico. S. MORANDINI, *Il lavoro che cambia. Un'esplorazione etico-teologica*, Bologna 2000, 24-25.

<sup>16</sup> La tesis de Weber ha sido criticada por basarse en escritos pastorales, que no reflejan adecuadamente la teología reformada. H.M. ROBERTSON, *Aspects of the rise of economic individualism. A criticism of Max Weber and his School*, Cambridge 1933. Conviene recordar que algunos tipos de empresa capitalista habían surgido mucho antes de la Reforma protestante. Además, Weber no contempla la creatividad económica de la ética católica, con su énfasis en la bondad de la creación. De hecho, los monasterios cistercienses tuvieron una influencia decisiva en el resurgir económico del siglo XII. Más tarde, Franciscanos y Dominicos siguieron animando a los laicos a santificarse a través del trabajo cotidiano. Cf. M. NOVAK, *Max Weber goes global*, en *First Things* 152 (2005) 26. Asimismo, la evolución de la ciencia económica recibió notables aportaciones de la escuela franciscana del siglo XIII (Cf. O. BAZZICHI, *Alle radici del capitalismo. Medioevo e scienza economica*, Cantalupa 2003) y, posteriormente, de la escuela de Salamanca de los siglos XVI-XVII. Cf. A.A. CHAFUEN, *Faith and Liberty. The economic thought of the late scholastics*, Lanham 2003.

<sup>17</sup> S.I. BENN, *Private and public morality. Clean living and dirty hands*, en S.I. Benn – G.F. Gaus, ed., *Public and private in social life*, London 1983, 156-157.

temática de la riqueza reemplaza a la ascesis puritana que, a través del trabajo incesante y compulsivo, buscaba pagar por los propios pecados<sup>18</sup>. De este modo, el trabajo pierde la perspectiva positiva y vocacional que le había dado el protestantismo, para hacerse autoreferencial, fin en sí mismo. En vez de poner el trabajo al servicio del bien común, se somete la comunidad al trabajo para maximizar los beneficios del empresario capitalista. El trabajador se convierte en una pieza más del engranaje productivo.

En esta concepción antropológica individualista, el trabajo es visto en función del salario y de la utilidad inmediata. Se considera que el hombre siempre busca satisfacer los propios deseos, a través de la eficacia económica y del consumismo. El tener y el producir ahogan el ser para sí y para los otros, anulando la posibilidad de la apertura incondicional. Las relaciones humanas se centran en la producción (*homo faber*), olvidando otras dimensiones fundamentales, como la contemplación y la escucha.

Partiendo de esta visión antropológica negativa, el liberalismo soslaya la posibilidad del altruismo y da por descontado que todos actúan movidos por el propio interés. Éste no es visto como egoísmo competitivo y feroz, sino como una fuerza “civilizada” e igualitaria, en cuanto que existe en todos los seres humanos y, por tanto, todos pueden hacer uso de él<sup>19</sup>. Se dice que la búsqueda socialmente “controlada” del propio interés sienta las bases de la democracia y del estado de derecho, contrarrestando las explosiones de violencia entre clanes, razas o grupos fundamentalistas<sup>20</sup>. Según Adam Smith (1723-1790) la ‘mano invisible’ del libre mercado consigue que, maximizando el provecho personal, se aumente también, automáticamente, el beneficio para la colectividad. En esta perspectiva, el trabajo se convierte en una manifestación más de la lucha por la supervivencia. Cada uno tiene que hacerse un sitio, competir para conseguir el empleo más remunerado o más prestigioso, hacerse camino en relación conflictiva con los otros.

---

<sup>18</sup> R.H. TAWNEY, *Religion and the rise of capitalism*, New Brunswick 1998 (2ª reimpression 2000; orig. 1926).

<sup>19</sup> Esta lógica lleva a no sentirse responsable de las consecuencias negativas que pueda provocar esa búsqueda “controlada” del propio interés. La polución de la atmósfera, el paro, el crimen, la droga y las enormes desigualdades sociales son algunas de ellas.

<sup>20</sup> Cf. S. HOLMES, *Benjamin Constant and the making of Modern Liberalism*, London 1984, 253. Los liberales del período clásico defienden su propuesta contraponiéndola a la vida social basada en los privilegios hereditarios del antiguo régimen, que discriminaba a la mayoría de la población. A finales del siglo XIX, la escuela económica de Manchester sigue alabando el propio interés “as an emancipating rational principle”. J. HENDRY, *Between enterprise and ethics. Business and Management in a bimoral society*, Oxford 2004, 99.

## 1.2. Trabajo y antropología cristiana: el hombre, *imago Dei*

Frente a esa visión pesimista del ser humano, la teología católica proclama que el hombre es imagen perenne, aunque oscurecida, del Dios uno y trino<sup>21</sup>. La *imago Dei* no debe entenderse en sentido estático –por tener una común naturaleza racional (*res cogitans*)–, sino en sentido relacional: por la capacidad de amar y de donarse en libertad<sup>22</sup>.

La persona es intrínsecamente social, pues ha sido creada a imagen del Dios que es comunión en la pluralidad, fuente de toda unidad y de toda diferencia<sup>23</sup>. El hombre nace ya como ser libre y social<sup>24</sup>. Su dignidad y sociabilidad son anteriores a la evolución y a la historia. Él es un tú mucho antes de relacionarse con sus semejantes, porque, desde siempre, Dios lo ha tratado y amado como tal<sup>25</sup>. El pecado ha dividido al hombre por dentro, pero no ha anulado su capacidad de amar, de trascender el propio egoísmo con la ayuda de la gracia<sup>26</sup>.

Esta concepción antropológica supera el pesimismo de quienes ven al ser humano completamente corrompido por el pecado, incapaz de comportamientos altruistas, prisionero necesario de sus impulsos y de los condicionamientos sociales. Supera también una antropología exagerada-mente optimista, que considera al hombre capaz de conseguir, con sus solas fuerzas, la plena realización de sí mismo. La insistencia en la capacidad altruista del ser humano, no puede hacer olvidar la situación real del individuo de carne y hueso, sometido a los efectos del pecado<sup>27</sup>. Dominando la tierra, el hombre

<sup>21</sup> El trabajo manifiesta que el hombre es imagen de Dios: Gn 1,27-28; LE 4.

<sup>22</sup> El énfasis no cae en la libertad negativa, entendida como independencia, elección, auto-suficiencia soberana, “tener libertades”, sino en la capacidad de amar, es decir, “la libertad para”. “Es mediante la propia donación libre como el hombre se realiza auténticamente a sí mismo”. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Centesimus annus*, [=CA], 1-05-1991, en AAS 83 (1991) 793-867, n. 41.

<sup>23</sup> “Et si charitas qua Pater diligit Filium, et Patrem diligit Filius, ineffabiliter communionem demonstrat amorum: quid convenientius quam ut ille dicatur charitas proprie, qui Spiritus est communis ambobus”. AUGUSTINUS, *De Trinitate*, XV, c.19, en J.-P. MIGNE, *Patrologia Latina*, vol. 42 de 226, París 1841-1864, p. 1086.

<sup>24</sup> Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, [=GS], 7-12-1965, en AAS 58 (1966) 1025-1120, n. 24. El ideal liberal de un individuo completamente libre y autónomo se correspondería al dios único, monolítico y soberano de algunas filosofías. Ese dios no necesitaría intervenir en el mundo, pues lo habría creado como mecanismo autárquico.

<sup>25</sup> J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*, Santander 1988, 181-182. El amor hacia el otro forma parte de la respuesta amorosa a Dios.

<sup>26</sup> Cf. GS 12.

<sup>27</sup> El pecado rompe la relación con el Creador y pervierte el sentido de toda la existencia humana. Instigado por el Tentador, el hombre intenta “ser como Dios” (Gn 3,5), dominar y utilizar todo a su antojo. De este modo, el trabajo pierde su sentido y provoca dolor. La natura-

puede caer en la tentación de hacerse como Dios, olvidándose de que su labor es sólo vicaria. La solidaridad exige esfuerzo, abnegación, para vencer las propias tendencias egoístas<sup>28</sup>.

Cambia también el concepto de alienación en el trabajo. Quienes niegan una base estable y normativa a la naturaleza humana<sup>29</sup> suelen reducir la alienación a la insuficiencia salarial o a la insatisfacción afectiva que provoca un determinado empleo. Por el contrario, la antropología cristiana afirma que el trabajo resulta alienante cuando no se corresponde objetivamente con la naturaleza del trabajador. La actividad laboral es una dimensión fundamental del ser humano, algo que expresa y desarrolla su identidad; por tanto, se convierte en alienante cuando contradice lo que el hombre es y lo que está llamado a ser. La persona que trabaja en sintonía con el Creador desarrolla su propia naturaleza y prepara la plenitud de la nueva creación<sup>30</sup>. Alejándose de esa comunión con Dios, el ser humano se aliena, se pierde a sí mismo y se dirige hacia la nada<sup>31</sup>.

#### 1.2.1. *El trabajo en función de la persona*

El valor del trabajo humano está en función de la persona que lo realiza, pues ella es “el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales”<sup>32</sup>. No es la dimensión objetiva del trabajo lo que da sentido a la vida del hombre, sino al contrario: el valor de la actividad laboral se encuadra en el significado global de la vida humana. El trabajo es un derecho fundamental

---

leza se vuelve hostil, el hermano es tratado con violencia (Caín), Dios es alejado y temido, el propio cuerpo es visto como objeto poseído.

<sup>28</sup> En este sentido, el liberalismo puede ayudarnos a reconocer el afán de prosperidad, el móvil egoísta de muchas actuaciones personales, el instinto de conservación que anima a resolver conflictos, la búsqueda de una autonomía que favorece la propia satisfacción.

<sup>29</sup> Marx, por ejemplo, afirma que la naturaleza humana cambia según el trabajo que realice en cada momento histórico. En lugar de creatura divina, el hombre sería fruto de su trabajo, pues la actividad laboral determinaría su esencia y su evolución. Cf. G. MANZONE, *Il lavoro...*, 127; Cf. D.L. DONHAM, *Epochal Structures I. Reconstructing historical materialism*, en H.L. Moore – T. Sanders, ed., *Anthropology in theory. Issues in epistemology*, Oxford 2006, 401ss.

<sup>30</sup> Cf. Ap 21,1; 2 Pt 3, 13. La espiritualidad del trabajo tiene que hacer referencia a la transformación del mundo que se operará definitivamente en la nueva creación y que el Espíritu anticipa ya en el presente. En este sentido, la actividad laboral es fruto del Espíritu Santo que actúa en nuestro interior. En el trabajo, encontramos “casi un anuncio de los ‘nuevos cielos y otra nueva tierra’”. LE 27.

<sup>31</sup> Jn 15,6.

<sup>32</sup> GS 25.

del individuo<sup>33</sup>, pues condiciona la expresión y el desarrollo de su personalidad. Al asumir un empleo, el trabajador adopta un determinado papel profesional que, a través de un proceso de socialización, determinará la forma de comprenderse, de actuar y de ser visto por los demás<sup>34</sup>. Se excluye, por tanto, cualquier forma de esclavitud y de explotación laboral en aras de un supuesto beneficio social. El ser humano tiene derecho a un empleo<sup>35</sup>, que le permita expresar su ser más auténtico y poner libremente a disposición de los demás lo que es y lo que hace<sup>36</sup>.

El trabajo forma parte de la naturaleza humana y, por tanto, no puede reducirse a una consecuencia negativa del pecado original. Más que obediencia, pena o medio de santificación, la actividad laboral es expresión de la identidad humana<sup>37</sup>, colaboración con el Creador<sup>38</sup> y asociación a la obra redentora de Cristo<sup>39</sup>. El pecado daña las relaciones laborales y provoca alienación, insolidaridad y dominio, pero no tiene la última palabra. El Dios que confió el jardín al cuidado del hombre<sup>40</sup>, sigue contando con él para que, en comunidad, desarrolle eficazmente las potencialidades de la creación<sup>41</sup> y se beneficie de los frutos de la redención. El castigo del pecado no es la actividad laboral, sino la fatiga a ella asociada. Al pecar, el ser humano pierde el sentido de la propia actividad, cayendo inútilmente en la rebelión y el orgullo<sup>42</sup>.

---

<sup>33</sup> Tomás de Aquino afirma que el trabajo es un derecho natural, con cuatro finalidades principales: asegurarse la subsistencia, evitar la ociosidad, contener las malas inclinaciones y dar la limosna. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 187, a.3 ad 1.

<sup>34</sup> Por tanto, el contrato, las condiciones laborales y el salario recibido tienen que estar de acuerdo con la dignidad del hombre. LiC 86.

<sup>35</sup> El trabajo es un medio necesario para expresar y desarrollar la propia dignidad de hijo de Dios. Cf. GS 29. Por tanto, la desocupación es una “calamidad social”. LE 18.

<sup>36</sup> Cf. GS 67. La profesión debe ser elegida atendiendo no tanto a la ganancia económica, sino más bien a las propias cualidades y a las necesidades del bien común. Asimismo, el beneficio no debe ser el primer objetivo de la empresa (mentalidad mercantilista).

<sup>37</sup> CEC 2427. “El trabajo pertenece a la condición originaria del hombre”. BENEDICTO XVI, *Homilía*, 19-03-2006; Cf. Gn 2,15; 9,1-17. Trabajando, el hombre “perfecciona su vida” (GS 33) e imita “a Dios, su Creador, porque lleva consigo —él solo— el elemento singular de la semejanza con Él”. LE 25.

<sup>38</sup> Gn 1,28. “El hombre, todo ser humano, refleja la acción misma del Creador”. LE 4.

<sup>39</sup> “Con la oblación de su trabajo a Dios, los hombres se asocian a la propia obra redentora de Jesucristo”. GS 67; Cf. CEC 2427; LE 27.

<sup>40</sup> Gn 2,15.

<sup>41</sup> Cf. GS 34; LE 25.

<sup>42</sup> Gn 11,1-9.



### 1.2.2. El trabajo en la lógica del don

El cristianismo encuadra el trabajo en la lógica del don, que se contrapone a cualquier tipo de mercantilización y absolutización. Dios crea gratuitamente y se alegra con la creación. El acto creador no es fruto de la necesidad, pues él no es un “*Deus faber*”<sup>43</sup>. Asimismo, el ser humano, *imago Dei*, no puede convertir el trabajo en el único horizonte de su existencia, ni ésta puede reducirse a lo que el hombre produce con sus manos. La vida humana no se agota en su quehacer, que es siempre imperfecto<sup>44</sup>. La dignidad del hombre no depende del éxito de sus acciones, sino de la relación gratuita que Dios ha establecido con él desde antes de la creación. Por tanto, el *homo faber* necesita el complemento del *homo sapiens*, que encuentra en Dios el sentido de su actividad.

En la visión cristiana de la gratuidad, el salario debe estar en función del individuo concreto, independientemente de su capacidad o eficacia, de modo que la comunidad le garantice siempre una vida digna. Es la lógica del don, no la del mercado. A la hora de valorar el trabajo y de fijar el salario, no se parte de la actividad laboral en sí misma, sino del trabajador y de sus necesidades<sup>45</sup>. Por su parte, el individuo tiene que colaborar activamente con la comunidad, según sus posibilidades. Se trata de crear relaciones plenamente humanas, sin reducirse a un intercambio de dinero que no compromete a la persona en cuanto tal.

Desde la lógica del don, cambia también el dominio de la creación a través del trabajo. La modernidad reduce la naturaleza a un conjunto de objetos que el hombre tiene que modelar a su antojo, pues no les reconoce entidad ni sentido en sí mismos. El liberalismo no siente respeto ni veneración por ella y la utiliza sin escrúpulos, en función de los intereses del momento<sup>46</sup>. En una línea parecida, Marx afirma que la naturaleza necesita del trabajo para poder alcanzar su fin, es decir, para ser humanizada<sup>47</sup>. En la visión cristiana, sin embargo, la contemplación y la escucha sustituyen al dominio despótico. La

---

<sup>43</sup> J. MOLTMANN, *Sul gioco. Saggi sulla gioia della libertà e sul piacere del gioco*, Brescia 1988<sup>2</sup>, 34.

<sup>44</sup> Jb 9,1-3; Is 65,21-23. La plenitud de cuanto existe no depende del hombre y, por tanto, el trabajo tiene que ser vivido desde la gratuidad del don recibido. Cf. Jb 28,23; 2Cor 5,14.

<sup>45</sup> “El salario, que no puede ser concebido como una simple mercancía, debe permitir al trabajador y a su familia tener acceso a un nivel de vida verdaderamente humano”. LiC 86. Este tipo de relación, no dependiente, expresa el sentido de la justicia distributiva.

<sup>46</sup> Sobre el uso y abuso de la naturaleza por parte del capitalismo neoliberal: G. RICOVERI, ed., *Capitalismo, natura, socialismo*, Milano 2006.

<sup>47</sup> Jonas afirma que la humanización de la naturaleza que propone el marxismo es sinónimo de sumisión y explotación. H. JONAS, *Il principio responsabilità. Un’etica per la civiltà tecnologica*, Torino 1993, 269ss.

creación tiene un valor en sí misma, que es previo e independiente de la utilidad que se le pueda recabar. Cada una de las criaturas ha sido llamada por Dios a la existencia, ordenada en un “cosmos” y orientada hacia la nueva creación. El hombre está llamado a colaborar en ese plan divino, pues la naturaleza necesita de él para desarrollar sus potencialidades, pero debe hacerlo en conformidad con ese plan divino<sup>48</sup>. Amar es querer que el otro sea él mismo, según la lógica de su propio ser<sup>49</sup>, por tanto, el trabajo debe respetar la naturaleza de todo lo que existe.

### 1.2.3. *El trabajo abierto a la trascendencia*

El trabajo es la respuesta activa y agradecida al Amor de Dios. Más que deber u obligación moral, el trabajo es gracia, bendición. Trabajando, el hombre se reconoce don divino, acoge gozosamente los propios carismas y se siente movido, bajo la acción del Espíritu Santo, a donarse totalmente. El momento contemplativo, de agradecimiento por el don recibido, lleva al momento activo, que en la ética cristiana se expresa como vida en el Espíritu de Dios<sup>50</sup>. De este modo, el trabajo sintoniza con lo más profundo del propio ser, con las propias cualidades, para poner todo lo que somos al servicio de los demás, libre y gratuitamente. Lo determinante no es la eficacia, sino el don, la gratuidad, la alianza<sup>51</sup>. La lógica de la cruz reemplaza a la lógica del dominio. Así, el trabajo deja de ser antagonismo competitivo, carrerismo, búsqueda ansiosa de ganancias, para convertirse en colaboración, don de sí mismo, testimonio de esperanza teologal, expresión de caridad. Donarse supone reconocer al otro como compañero de camino, fiarse y colaborar con él.

En la fatiga asociada al trabajo, el ser humano percibe que es una criatura, necesitada de Dios y de los otros. Para dar sentido a la limitación de su actividad histórica, el hombre necesita abrirse a la esperanza escatológica, que dará cumplimiento pleno a la obra de sus manos. La actividad humana, que transforma el caos en cosmos, encontrará su plenitud en el descanso del

<sup>48</sup> El trabajo responde a la voluntad divina. Gn 1,28; 2,15; GS 34.

<sup>49</sup> O. TODISCO, *Dall'io penso tomista all'io voglio scotista*, en *Miscellanea francescana* 3-4 (2004) 521.

<sup>50</sup> G. MANZONE, *Il lavoro...*, 143. Con sus dones, el Espíritu hace humanizante el trabajo, convirtiéndolo en respuesta a la llamada de Dios. El Espíritu da sus dones como quiere y cuando quiere (1Cor 12,11). No estamos encasillados para un trabajo determinado, podemos crecer, adquirir nuevas cualidades y nuevos carismas.

<sup>51</sup> Cf. Ef 6,6. Esto no exime de usar la técnica ni de hacer los análisis adecuados para obtener una mayor eficacia, siempre que no se contradiga el sentido del obrar humano.

encuentro definitivo con el Creador, cuando Dios será todo en todos<sup>52</sup>. El tiempo tiene un carácter sagrado, no reducible a pura productividad<sup>53</sup>. La esperanza escatológica recuerda también la importancia de otras dimensiones de la vida que no dependen de la lógica del mercado, tales como la gratuidad, la contemplación, la hospitalidad, la fiesta, el sentirse bien con el otro sin esperar ninguna contraprestación. Sin ellas, la persona pierde el sentido general de su existencia.

## 2. Datos históricos sobre trabajo e identidad

Se analizarán ahora algunos datos históricos sobre la progresiva mercantilización del trabajo en la sociedad occidental y su relación con el modo de percibir la propia identidad<sup>54</sup>. Nos referiremos sobre todo al trabajo manual, ya que el intelectual ha sufrido menos vaivenes en su valoración.

En la sociedad grecorromana la identidad personal depende sobre todo del hecho de ser libre o esclavo. Los varones libres de Atenas, por ejemplo, pueden participar activamente en las decisiones de la *polis*, sintiéndose así protagonistas de la sociedad, mientras que las mujeres, los niños y los esclavos no tienen esos privilegios. En este contexto social, la filosofía platónico-aristotélica incluye el trabajo manual entre las actividades que responden a necesidades vitales elementales, comunes a todos, pero que no expresan lo específicamente humano<sup>55</sup>. También se juntan los animales para sobrevivir.

---

<sup>52</sup> Cf. 1Cor 15,28. El descanso dominical adquiere pleno sentido y significado en la relación existente entre el séptimo día y el día sin ocaso del tiempo escatológico. De algún modo, el trabajo anticipa y hace ya presente en la historia esa esperanza escatológica. LE 88.

<sup>53</sup> El trabajo es para todos y, por tanto, el descanso sabático también: “De modo que puedan descansar, como tú, tu siervo, y tu sierva”. Dt 5,14.

<sup>54</sup> Sobre las distintas identidades del yo y su evolución desde el Renacimiento: M. CARBAJO NÚÑEZ, *El proceso de individualización en Occidente: ¿Narcisismo o autenticidad?*, en *Antonianum* 81 (2006) 5-41. Una análisis histórico del trabajo desde la perspectiva filosófica: A. TILGHER, *Homo faber. Storia del concetto di lavoro nella civiltà occidentale, analisi filosofica di concetti affini*, Roma 1944.

<sup>55</sup> Homero afirma que el trabajo es el más pesado de los males que dios inflige al hombre. (HOMERO, *Iliada*, X, 71). Hesíodo describe el paraíso como un lugar sin trabajo. (HESÍODO, *Trabajos*, 112-121). El hombre libre, dice Platón, no ha de imitar a los esclavos y esclavas, que realizan los trabajos de su condición. (PLATÓN, *República*, III, 8, 399a). El ocio, añade Aristóteles, es preferible al trabajo y fin de él, porque parece contener en sí mismo el placer la felicidad y la vida bienaventurada. (ARISTÓTELES, *Política*, V, 3, 1338a). Se distingue entre “trabajo” y “ocupación”. La segunda es vista positivamente, pues es el trabajo de lo bello y de lo útil. A. FERNÁNDEZ, *Teología moral*, III, 3 vol., Burgos 1996<sup>2</sup>, 551-553. Sin embargo, esta concepción negativa del trabajo no era general en el mundo griego. “Negli ambienti e nelle città nelle quali predominava la filosofia sofista, cinica e stoica il lavoro manuale non era affatto

Los hombres libres pueden disfrutar del ocio para dedicarse a las actividades del espíritu, mientras que los esclavos son obligados al negocio (*nec-otium*), es decir, a tareas ligadas a la subsistencia física. La necesidad y futilidad que caracteriza esas actividades, centradas en el ámbito familiar, contrasta con el ideal de excelencia asociado a la participación en la esfera pública<sup>56</sup>. Ahí los ciudadanos libres muestran su grandeza y se aseguran la pervivencia en la memoria de los demás<sup>57</sup>.

### 2.1. Del yo heterónimo medieval a la idealización liberal del individuo trabajador

Durante la Edad Media, el término *laborare* hace siempre referencia al trabajo manual y “servil”, que sigue asociado a las clases inferiores, mientras que la nobleza y las altas jerarquías lo evitan. Durante el siglo XII, el trabajo era todavía sinónimo de pobreza y de “vivir al día”. Lo realizaban los trabajadores (*laboratores*) y lo evitaban los otros dos órdenes sociales: el de los guerreros (*bellatores*) y el de los eclesiásticos (*orantes*). En el monacato occidental, el trabajo manual es un medio ascético para evitar la ociosidad<sup>58</sup>. Los movimientos pauperistas del siglo XII lo revalorizan como forma concreta de vivir el evangelio. En esta línea, las órdenes mendicantes abrazan el trabajo manual no sólo como medio ascético, sino también por motivos teológicos, expresando así su identidad de menores, a imitación de la *kenosis* de Cristo<sup>59</sup>.

---

disprezzato”. J.A. MERINO, *Umanesimo francescano. Francescanesimo e mondo attuale*, Assisi 1984, 271-272.

<sup>56</sup> J.L. CONCEPCIÓN RODRÍGUEZ, *Honor, intimidad e imagen. Un análisis jurisprudencial de la L.O. 1/1982*, Barcelona 1996, 19. Con respecto al trabajo, el cristianismo “ha llevado a cabo una fundamentación transformadora de conceptos” (LE, 6), partiendo de la igualdad de todos los hombres. Cf. Gal 3,28-29; Rm 10,12. Algunas intervenciones de los padres de la Iglesia: A. FERNÁNDEZ, *Teología moral*, III, 557-560.

<sup>57</sup> J.B. ELSHTAIN, *Public man, private woman. Women in social and political thought*, Princeton 1981, 12.

<sup>58</sup> La ociosidad, la pereza y la indolencia son fuente de toda clase de vicios (Si 22,1-2; Pr 6,8-11; 10,4-5,15,26) y, por tanto, reprobables (Mt 20,6-7; 25,14-30; 2Tes 3,10-11), mientras que la laboriosidad es garantía de vida honrada (1Tes 4,11-12). Siguiendo estas enseñanzas bíblicas, la Regla de S. Benito apela al “*ora et labora*”.

<sup>59</sup> Viéndose a la luz de Dios, Francisco de Asís se identifica como “siervo, menor, despreciable” y, por tanto, quiere ganarse el sustento trabajando como las personas que socialmente eran identificadas de esa forma. “Yo trabajaba con mis manos, y quiero trabajar; y quiero firmemente que todos los otros hermanos trabajen”. FRANCISCO DE ASÍS, *Testamento*, n. 20, en J.A. GUERRA, ed., *San Francisco de Asís. Escritos, biografías, documentos de la época*, Madrid 1978, 123.

En el medioevo, la vida laboral no ofrece sorpresas ni enormes expectativas. La sociedad, jerarquizada y atomizada, deja poco espacio a la iniciativa personal. Cada uno cree conocer la identidad propia y ajena, sabe lo que es y lo que debe hacer, está seguro del papel que tiene que desempeñar en este mundo para obtener la salvación eterna. Esa identidad personal, fija y estable, acepta sin dificultad que sean otros los que determinen su acceso al trabajo y las condiciones del mismo (*yo heterónomo*). El régimen feudal ejerce un rígido control sobre los súbditos y exige numerosos impuestos. La actividad del campesino está sujeta a severas restricciones<sup>60</sup>, el artesano tiene que seguir puntualmente las indicaciones de su propio gremio, el aprendiz sabe lo que debe hacer y a lo que puede aspirar<sup>61</sup>. El trabajo no está definido por el estipendio ni por el contrato formal<sup>62</sup>, sino por esa red de dependencias; es una actividad social, más que privada.

Los cambios socio-económicos que se producen en Europa a partir del Renacimiento rompen el orden medieval y cambian la relación entre el ámbito público y el privado<sup>63</sup>. Actividades económicas que antes pertenecían estrictamente al ámbito familiar son ahora de interés público y se convierten en objetivo preferente de la política. El trabajo productivo pasa al dominio público, mientras que las actividades domésticas son consideradas ajenas al ámbito laboral. La propiedad privada se libera de muchas constricciones sociales, permitiendo una mayor iniciativa individual. Paulatinamente, el trabajador deja de estar sometido estrictamente a su gremio o grupo humano y puede expresar más libremente la propia iniciativa personal<sup>64</sup>.

De todas formas, el cambio no fue brusco. El artesanado y las corporaciones tienen todavía mucha importancia durante el siglo XVIII y sigue también presente una concepción negativa del trabajo manual. Además, el trabajo sigue sometido a dependencias sociales, culturales y familiares que lo di-

---

<sup>60</sup> Durante el régimen feudal, los campesinos eran en realidad siervos del propietario de la tierra. Esta realidad empieza a cambiar en el siglo XII, con el comercio y con la actividad económica asociada a la nueva clase burguesa. Los "siervos de gleba" se liberan de sus señores feudales, pero quedan a merced de la codicia de los nuevos ricos. De hecho, la mendicidad crece notablemente a partir del siglo XVII. Cf. G. ROSSETTI, ed., *Forme di potere e struttura sociale in Italia nel Medioevo*, Bologna 1977.

<sup>61</sup> Cf. B. MOORE, *Privacy. Studies in social and cultural history*, New York 1984, 284.

<sup>62</sup> De hecho, en el medioevo, los siervos no solían recibir dinero por su trabajo.

<sup>63</sup> "El ámbito público, que en la antigüedad era el lugar de la libertad, de la permanencia y de la excelencia, pasa a centrarse en actividades de orden práctico, como las económicas o las orientadas a garantizar la seguridad física. Por otra parte, el ámbito privado, que antes era una precondición sin importancia, se transforma en el espacio anhelado, donde el individuo busca desarrollar lo más genuino de su personalidad y donde manifiesta toda su riqueza personal". M. CARBAJO NÚÑEZ, *El proceso...*, 8.

<sup>64</sup> Cf. B. MOORE, *Privacy...*, 284.

ferencian claramente del trabajo remunerado y contractual que surgirá con la revolución industrial. Tampoco las clases acomodadas asocian el trabajo a la remuneración económica. La seguridad financiera provenía de las propiedades, mientras que los cargos públicos (gobierno, ejército o iglesia) eran sobre todo una cuestión de estatus social o de poder, aunque también llevaran asociada alguna compensación económica. No obstante, el progresivo auge del comercio y el creciente descrédito de la nobleza crean las condiciones idóneas para el triunfo liberal y para la mercantilización del trabajo.

La clase burguesa de productores y comerciantes va adquiriendo una importancia decisiva en la vida económica de la sociedad, mientras que la nobleza se endeuda, desprecia a los nuevos ricos y considera el ocio como uno de sus privilegios hereditarios. Durante el período absolutista<sup>65</sup>, la baja nobleza campesina había perdido el grueso de sus fuentes de ingresos con la desaparición de la servidumbre y con el pasar de sus funciones públicas a manos de los agentes del rey. A pesar de su empobrecimiento, este numeroso grupo social de hijosdalgo evita el trabajo manual, se lamenta de la alta nobleza cortesana y desprecia a los nuevos ricos<sup>66</sup>. Con una actitud similar sobre el trabajo, la nobleza de la corte termina también endeudándose, a pesar de sus abundantes rentas y grandes latifundios. El descontento de estos y otros sectores sociales y la crítica mordaz de filósofos y escritores contribuirán al descrédito del régimen absolutista y crearán las condiciones favorables a la revolución liberal.

La autonomía económica de la emergente clase burguesa lleva a la idealización liberal del individuo y, más tarde, a la práctica económica del capitalismo. Los nuevos ricos proclaman la igualdad radical de todos los hombres y proponen el interés como el móvil principal de las actividades económicas. Paralelamente, surgen nuevos modos de percibir la propia identidad y de expresarla a través del trabajo<sup>67</sup>.

En este nuevo contexto social, el trabajo se convierte en símbolo de autonomía individual, pues permite ganarse por sí mismo un puesto en la sociedad. No es la herencia o el linaje lo que determina la valía del individuo,

---

<sup>65</sup> Los regímenes absolutistas de la Europa moderna surgen en los siglos XVI-XVII, son seriamente amenazados por el modelo constitucional que nace en Inglaterra con la Gloriosa Revolución (1688) y sufren un rápido declive a partir de la revolución francesa (1789).

<sup>66</sup> El trabajo manual era asociado a las clases sociales inferiores y visto como sinónimo de escasez de recursos. “Durante los siglos XVI-XVII –y hasta fecha reciente– los ‘hijosdalgo’ (hijos de algo), descendientes de la nobleza, pero sin título a causa del mayorazgo, no trabajaban. El trabajo entrañaba una *deshonra legal*”. J.L. COMELLAS, *Historia de España moderna y contemporánea*, Madrid 1978<sup>6</sup>, 141-143. Esta mentalidad empezó a cambiar a partir de la revolución industrial.

<sup>67</sup> Cf. R.F. BAUMEISTER, *Identity. Cultural change and the struggle for self*, New York 1986.

sino lo que éste consigue con su esfuerzo y actividad. A medida que se impone el comercio y la industria, también las relaciones laborales y mercantiles tienden a ocupar un espacio propio, separado de las demás dimensiones de la existencia. Asimismo, el trabajo será visto como expresión de la libertad individual y como una mercancía que los individuos, en cuanto iguales, pueden vender o comprar. En base a esa nueva concepción, se suprimirán las organizaciones que regulaban el acceso a los oficios y que fijaban las correspondientes remuneraciones<sup>68</sup>.

## 2.2. Identificándose como cristiano a través del trabajo

La Reforma protestante se hace eco de la afirmación del individuo y la promueve ulteriormente. Sostiene que el fiel no es menor de edad ni objeto pasivo del cuidado pastoral, pues la reconciliación de los pecados y la salvación gratuita de Dios no dependen de las mediaciones humanas o eclesiales, sino de la fe<sup>69</sup>. La experiencia religiosa individual, unida a un claro subjetivismo, es reafirmada por movimientos como el puritanismo<sup>70</sup> y el pietismo<sup>71</sup>. En esta línea, la teología protestante resalta que todos los cristianos (no sólo los consagrados) son llamados a responder a la propia vocación trabajando abnegadamente, incluso en las tareas más humildes. El trabajo no es sólo para evitar la ociosidad ni está completamente subordinado a la vida espiritual, pues es trabajando como el cristiano se santifica y responde a su vocación. Todos los trabajos son dignos, porque proceden de Dios y están orientados a la salvación eterna<sup>72</sup>. Por tanto, no tiene sentido la neta distinción entre vida activa y vida contemplativa. Con su trabajo, todos los cristianos muestran y realizan su propia identidad.

La teología protestante del trabajo responde al tipo de sociedad y evoluciona con ella. Así, Lutero (1483-1546) refleja aún una sociedad agrícola,

---

<sup>68</sup> Una ley del 17.03.1791 recoge la idea de que el trabajo es un acto comercial y, por tanto, no tiene que estar sometido a las organizaciones que regulaban el acceso a los oficios y su remuneración. G. MANZONE, *Il lavoro...*, 58, nota 9.

<sup>69</sup> "A Christian has all that he needs in faith and needs no works to justify him". M. LUTHER, *The freedom of a Christian*, en T.F. Lull, ed., *Martin Luther's basic theological writings*, Minneapolis 1989, 601-602.

<sup>70</sup> "Puritan ideology [...] gave impetus to the concept of an individual life". L.T. LENKER, *Fathers and daughters in Shakespeare and Shaw*, Westport 2001, 27.

<sup>71</sup> El pietismo florece en Alemania durante los siglos XVII y XVIII. Sus máximos representantes son P.J. Spener (1635-1705) y A. Francke (1663-1727).

<sup>72</sup> "Non ci sarà compito così disprezzato né così basso che non risplenda davanti a Dio e non sia estremamente prezioso, se in esso adempiamo la nostra vocazione". CALVINO, *Istituzione della Religione Cristiana*, III.10.6.2 (I. 872), citado en S. MORANDINI, *Il lavoro...*, 19.

estática, y por eso insiste en realizar la propia vocación en la situación concreta en que Dios nos ha colocado, obedeciendo dócilmente a la autoridad civil en todo lo que respecta al orden terreno. En un contexto más dinámico y comercial, Calvino (1509-1564) y el Puritanismo invitan a participar activamente en la política y a buscar nuevas formas de configurar la sociedad en modo racional, pues el orden terreno, aunque es ajeno al reino de la gracia, también es querido y sostenido por la providencia divina<sup>73</sup>.

De todas formas, la autonomía individual está condicionada por una concepción antropológica negativa, que considera al hombre totalmente degradado por el pecado original y, por tanto, incapaz por sí mismo de altruismo y gratuidad. Si el pecado ha corrompido totalmente la naturaleza humana, el cristiano vivirá su trabajo como peso, expiación y obediencia sumisa al “totalmente Otro”, en lugar de verlo como colaboración en la caridad. La desconfianza mutua condicionará las relaciones laborales y sociales. En esta línea, el individuo moderno se ha ido desentendiendo del ámbito público.

### 2.3. El trabajo, expresión de la libertad individual, pero mercantilizado

Frente a los privilegios hereditarios del *Ancien Regime*, Locke (1632-1704) ensalza el trabajo como medio de subsistencia, expresión de la propia libertad y base de la propiedad privada. Trabajando, el individuo se asegura el ejercicio efectivo de sus derechos naturales a la vida, a la libertad y a la propiedad. Se rechaza así el abuso de la esclavitud y de la servidumbre, que no asociaban ningún derecho a la actividad laboral. Este antropocentrismo individualista será potenciado por la revolución industrial, que comienza en Europa a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Sin embargo, el trabajo queda reducido a una mercancía, un simple objeto de compra-venta, concepción que será predominante hasta nuestros días.

La progresiva industrialización impondrá relaciones laborales más formales y una nueva concepción del trabajo, que estará estrechamente asociado al estipendio. Así, paradójicamente, el trabajo expresa la autonomía individual, pero, al mismo tiempo, es ajeno a la propia personalidad, un objeto que se puede cuantificar, vender o prestar, según sea la oferta y la demanda. En el siglo XIX, el trabajo adquiere el sentido de factor de producción y fuente de riqueza, pero no por ello deja de ser visto como meramente instrumental, algo que no implica ni compromete la propia naturaleza personal.

---

<sup>73</sup> D. CORNU, *Journalisme et vérité. Pour une éthique de l'information*, Genève 1994, 150-151.



#### 2.4. La alienación y despersonalización del trabajo industrial

El concepto actual de trabajo, que se forma con la revolución industrial, está sometido a los imperativos de la racionalidad económica. El individuo es identificado por el tipo de trabajo que ejecuta en el ámbito público, dejando en segundo plano las circunstancias familiares o de abolengo. El obrero pierde el control sobre los medios de producción; la actividad artesanal es sustituida paulatinamente por una elaboración mecanizada que impide la expresividad personal y que, al menos en un primer momento, empeora la calidad estética de los productos. El diseñador industrial y el despacho de programación se encargan de llenar esa laguna, pero la mayoría de los trabajadores no tiene ningún poder de decisión sobre el tipo de producto final. Surgen movimientos de rechazo al nuevo modo de producción, sobre todo entre los intelectuales ingleses. Se le acusa de empobrecer la persona del trabajador, pues no le permite amar su trabajo ni sentirse protagonista de lo que hace. En esta misma línea de protesta contra la producción de masa, aparecen en Inglaterra, a mitad del siglo XIX, las escuelas artesanales “*Arts and Crafts*”<sup>74</sup>.

Marx (1818-1883) encabeza la reflexión sociológica sobre el capitalismo salvaje. Lo acusa de privar al trabajador del fruto de su trabajo y, por tanto, de impedirle que se realice como persona. Despojado de la plusvalía, el trabajo se hace alienante, deshumanizante.

El capitalismo del período clásico, en efecto, no tiene como objetivo el bienestar del obrero, sino el beneficio. El trabajador es visto como un “proletario”, que sólo ofrece trabajo y “prole”. Por tanto, se le pagará lo mínimo necesario para que pueda ejercer la actividad requerida por el mercado y para que tenga los hijos que aseguren un número suficiente de trabajadores en el futuro. El cálculo es meramente económico: si el sueldo es demasiado bajo, el trabajador enferma y no tiene hijos, con lo cual disminuye el número de trabajadores y obliga a aumentar el estipendio. La doctrina social de la Iglesia (=DSI), sobre todo a partir de la *Rerum novarum*, reaccionará contra esta concepción economicista, que reduce el salario a un pacto desigual entre individuos privados.

El mecanicismo, los abusos sociales y la despersonalización asociadas a la producción de masa, provocan que, en el siglo XIX, se afiance el *yo romántico*, que enfatiza el sentimiento, la intuición, la emotividad, con frecuencia en relación conflictiva con la sociedad. El único criterio de moralidad es el yo, la auto-realización, el sentirse bien consigo mismo. El indivi-

---

<sup>74</sup> El movimiento “Arts and Crafts” fue iniciado por William Morris en 1861. T.J. COBDEN-SANDERSON, *The Arts and Crafts Movement*, London 1905. Este movimiento servirá de inspiración al *Art Nouveau*, que se difundirá en Occidente entre 1880 y 1910.

duo intenta expresar, a través del trabajo, su singularidad y creatividad, pues todo lo que hace debe ser expresión auténtica de sí mismo. El movimiento *Art Nouveau*, por ejemplo, expresa la proximidad afectiva con la naturaleza haciendo obras de arte a partir de los materiales más simples.

### 2.5. El trabajo del yo fragmentado en la sociedad global

El sujeto postmoderno considera que debe ser completamente libre para ser auténtico, pero vive esa libertad en modo compartimentado y fragmentario. En un contexto social que favorece el relativismo, la movilidad y el cambio constante de actividad, el individuo carece de elementos unificadores que den sentido a lo que hace. Vive la actividad laboral en modo solipsista, limitándola al contexto de la empresa y soslayando el significado que debería tener en la vida personal y social. No aprecia el trabajo en sí mismo, como valor axiológico y dimensión fundamental de la persona, sino que lo reduce a medio de ganarse el salario. De este modo, focaliza en el tiempo libre las connotaciones de libertad, innovación y creatividad que antes eran asociadas al trabajo bien hecho.

No es casualidad que la personalidad fragmentada del yo postmoderno surja en un contexto laboral físicamente atomizado. Tras la caída del comunismo soviético, en 1989, la economía de mercado se presenta y se impone como si fuera el único sistema posible, subordinando todo al mito del progreso y a la eficacia inmediata. La organización del trabajo da prioridad a la satisfacción del cliente sobre la del trabajador. El interés que existía en la década de 1970 por mejorar las condiciones laborales, gracias a la presión de los sindicatos, se diluye en la década de 1990, al aumentar la flexibilidad y la descentralización. En una carrera sin escrúpulos por obtener el mayor beneficio, se liberalizan los mercados, se flexibilizan los contratos laborales, aumentan los trabajos precarios y a tiempo parcial, se descentraliza la producción, que es realizada por entidades subcontratadas en los lugares más diversos<sup>75</sup>.

---

<sup>75</sup> Se facilita así los contratos-basura, el trabajo negro y la explotación infantil. Sobre los cambios actuales en el mundo laboral: R. ANTUNES, *Il lavoro in trappola. La classe che vive di lavoro*, Milano 2006.

Cambia el modelo de empresa, que deja el Taylor-Fordismo<sup>76</sup> para hacerse reticular y modular<sup>77</sup>, poniendo así en peligro el sistema de seguridad social (*Welfare State*)<sup>78</sup>. La producción sigue dominando las relaciones sociales, pero no se basa ya en la industria, sino en la tecnología de la información, que permite una eficaz integración de los diversos momentos del ciclo productivo. Sin embargo, el hecho de que la producción se realice en tiempos y lugares diferentes acrecienta el solipsismo del trabajador, que no se siente protagonista del producto final ni artífice del bien común.

La informatización de todos los sectores socio-económicos permite comparar los resultados de los diferentes nodos de la empresa reticular, con lo que se estimula la creatividad, la eficiencia y la iniciativa de los distintos núcleos, pero también el control mutuo y la competitividad entre los empleados<sup>79</sup>. La autonomía de la sección es limitada, ya que el control electrónico puede resultar asfixiante. Por otra parte, la digitalización de la sociedad ha favorecido la rapidez y la eficiencia, pero también la versatilidad y provisio-

---

<sup>76</sup> El Taylorismo es un sistema de racionalización científica del trabajo planteado, en 1911, por F.W. Taylor. Propone una neta separación vertical entre la fase de análisis/proyecto (dirigentes) y la de ejecución material (trabajadores). Asimismo, se aconseja una fragmentación horizontal de las tareas, que deben ser simples, claras y muy especializadas. Aplicando esos criterios, Henry Ford introduce, a partir de 1913, la cadena de montaje y la producción en serie en su empresa automovilística. La consecuente reducción de costes, unida a una mayor productividad y remuneración, sentaron las bases de la sociedad del consumo. El trabajador es visto, ante todo, como un consumidor de los productos que él mismo ayuda a producir. Cf. S. EDGELL, *The sociology of work. Continuity and change in paid and unpaid work*, London 2006, 73-83.

<sup>77</sup> La estructura reticular implica que la empresa se centra en actividades nucleares (*Shamrock organization*), dejando el resto a otras sociedades. Para responder eficazmente a las turbulencias del mercado, se flexibilizan los contratos laborales, tanto en su duración como en la polivalencia exigida al trabajador, se estimula la actividad de las secciones inferiores y se ajusta la producción a las ventas ya ordenadas. Cf. C. HANDY, *The Age of unreason*, Boston 1990, 87-115; T.G. CUMMINGS – C.G. WORLEY, *Organization development and change*, Mason 2005<sup>8</sup>, 283. El nuevo capitalismo privilegia el acceso al producto sobre la propiedad efectiva. Cf. J. RIFKIN, *L'âge de l'accès. La nouvelle culture du capitalisme*, Paris 2005.

<sup>78</sup> A raíz de la grave crisis económica de 1929, tras el hundimiento de la bolsa de Wall Street, Keynes propuso un mayor intervencionismo estatal, para asegurar el pleno empleo (Cf. J.M. KEYNES, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Barcelona 2004, original: London 1936). Su teoría influyó en la formación del *Welfare State*, que trata de asegurar a todos los ciudadanos un nivel básico de bienestar. En la década de 1970, la teoría de Keynes y el sistema a esa asociado empiezan a ser fuertemente atacados por el monetarismo, que repropone una mayor liberalización y flexibilización del mercado de trabajo. Cf. P.D. GROENEWEGEN - G. VAGGI, *Il pensiero economico. Dal mercantilismo al monetarismo*, Roma 2006.

<sup>79</sup> La distribución de las tareas en secciones de pocos empleados favorece no sólo el control mutuo, sino también el trabajo en equipo para competir eficazmente con las otras secciones de la empresa. En este sentido, crece la importancia de la capacidad de colaboración con respecto a la competencia profesional.

nalidad; nada es definitivo, todo parece “*in fieri*”<sup>80</sup>. Esta tendencia generalizada hacia la flexibilidad y modularidad hace más inestable la vida familiar y dificulta la percepción unitaria de la propia existencia<sup>81</sup>.

A pesar de que el progreso técnico le permite un gran dominio sobre la naturaleza, el individuo postmoderno no se siente implicado emotivamente en su trabajo ni se considera protagonista de la construcción social. Vive su trabajo como si fuera algo marginal, convencional, un simple medio para obtener el salario. A falta de otros ideales, orienta sus energías a la ganancia económica y al consumismo, usando todo sin escrúpulos, para abandonarlo en cuanto no le es útil. Este *homo æconomicus* responde a los intereses de la economía globalizada, que necesita trabajadores versátiles y consumidores voraces. Por eso, se enaltece la figura del derrochador irrefrenable, como si fuera un ciudadano ejemplar que garantiza la marcha de la economía. Quien no produce o no consume es arrinconado como inútil. La racionalidad económica se desliga de cualquier consideración ética. Los valores comunitarios son desplazados por un individualismo hedonista y permisivo que no necesita ideales<sup>82</sup>.

El trabajo se banaliza, pierde sentido humano y se pone en función del consumismo. El individuo intenta conseguir el empleo mejor remunerado y menos fatigoso, aunque no responda a las propias cualidades ni a las necesidades más urgentes de la sociedad. En este contexto mercantilizado, el obrero está dispuesto a renunciar a sus convicciones éticas para asumir acríticamente los valores que le propone la empresa, con tal de asegurarse el prestigio que la sociedad asocia a un determinado puesto de trabajo. El altruismo y el sentido vocacional son ahogados por el afán del dinero, para luego derrochar el salario en actividades de ocio que miran sólo a la propia gratificación individualista<sup>83</sup>. El trabajador vive así su existencia y su trabajo en modo

---

<sup>80</sup> La convergencia, durante los años sesenta, de las telecomunicaciones con la informática favoreció un nuevo concepto de información y posibilitó la explosión informativa actual. Gracias al uso de la tecnología digital, la información se convirtió en un producto que se puede medir, procesar y transmitir electrónicamente. El nuevo formato digital permite integrar en un mismo soporte cualquier tipo de información y manipularla en cualquier momento. Cf. T. FELDMAN, *An introduction to digital media*, London 1997, 4-8.

<sup>81</sup> PONTIFICIO CONSIGLIO DELLA GIUSTIZIA E DELLA PACE, *Compendio della Dottrina Sociale della Chiesa*, Città del Vaticano 2004, nn. 280 y 310-316.

<sup>82</sup> “L’*éthique du travail cède progressivement la place à l’ethos du jeu [...] une tentative de coloniser tous les aspects ludiques de l’existence e de les transformer en biens de consommation courante*”. J. RIFKIN, *L’âge...*, 334. Mais “le caractère participatif du jeu pur y est remplacé par une relation purement monétaire”. *Ibid.*, 338.

<sup>83</sup> Cf. E. CHIAVACCI, *Teologia...*, 207-208.

fragmentado, sin sentirse personalmente implicado en la construcción del cuerpo social.

El trabajo sigue siendo hoy alienante para la mayoría de los trabajadores, pues no les ofrece las condiciones necesarias para poder desarrollar armoniosamente su creatividad y sociabilidad. Mientras en las zonas pobres los salarios continúan por debajo del mínimo vital, en los países ricos predomina otro tipo de alienación. La mayoría de los trabajadores con contrato legal tienen un salario suficiente, pero son privados del significado y de la finalidad de su trabajo. Muchos empleados no saben lo que están haciendo, ni el por qué, ni el para quién. Cada uno se considera un individuo autónomo que realiza tareas con otros individuos autónomos, pero sin sentirse personalmente ligado a ellos y a la sociedad.

Hoy se ha revalorizado el ámbito privado como espacio de autenticidad, mientras que el trabajo asalariado se ha vaciado de sentido y de implicación afectiva. Sin embargo, algunas actividades laborales más espontáneas consiguen implicar al sujeto y logran encauzar adecuadamente su creatividad. Concretamente, el ideal de autenticidad, que se ha ido imponiendo desde el Renacimiento, hace que la expresión artística se centre en lo personal, liberando al artista de toda normatividad prefijada, para dar cauce a su originalidad. El artista es ahora libre de expresar cualquier concepto y de usar los medios y materiales más diversos, para que su expresión artística sea genuinamente personal<sup>84</sup>.

### 3. El trabajo en función de la persona según la DSI

Hemos visto que el trabajo se ha convertido en un fin en sí mismo, una búsqueda ansiosa e individualista del máximo beneficio, incluso a costa del bien común y del respeto a la naturaleza. La actividad laboral es considerada ajena al núcleo personal y valorizada en base a los resultados obtenidos (*yo utilitarista*). De este modo, el mismo sujeto termina por considerarse un vendedor o una mercancía en venta<sup>85</sup>, siempre preocupado por la valoración ajena, un sujeto solipsista y narcisista.

---

<sup>84</sup> M. RUSH, *Nuevas expresiones artísticas a finales del siglo XX*, Barcelona 2002, 7-8.

<sup>85</sup> Margolis llama "*exchanger self*" al yo racional, autosuficiente, calculador, artífice de sí mismo, que surge con la modernidad y que se ajusta a la competitividad de la sociedad de mercado. Cada uno se hace a sí mismo, busca el propio interés y tiene un precio. "Unbound from land and lord, [...] the self became property". D.R. MARGOLIS, *The fabric of self. A theory of ethics and emotions*, New Haven 1998, 15.

La DSI, por el contrario, da prioridad a la dimensión subjetiva del trabajo<sup>86</sup>, presentándolo como expresión inmediata de la dignidad humana<sup>87</sup>, respuesta libre y teologal al amor gratuito de Dios<sup>88</sup>, servicio solidario a toda la humanidad. El trabajo tiene valor porque lo realiza un sujeto personal, que así expresa y desarrolla su identidad más profunda. Por tanto, el trabajo más adecuado no es el que, con la misma fatiga, ofrece un mejor salario, sino aquél que responde mejor a las propias cualidades, a la llamada de Dios y a las necesidades de la sociedad. No se trata fundamentalmente de intercambiar algo (productos, información), en modo utilitarista e interesado, sino de donarse, construyendo juntos el nosotros. Sintiendo valorado y respetado, el sujeto podrá encontrar el sentido de su trabajo, en armonía con los valores y relaciones de la propia existencia.

### 3.1. León XIII: El trabajo es personal y necesario

Los graves abusos de la revolución industrial exigían una mayor atención al trabajo por parte de la teología, aspecto casi completamente olvidado desde inicios del siglo XVII. Antes de la encíclica RN, la actividad laboral era vista en función de las necesidades materiales del individuo y considerada poco significativa para el desarrollo de la propia espiritualidad. La RN inicia la superación de esa visión individualista, espiritualista e instrumental del trabajo. De todas formas, más que centrarse en el trabajo en cuanto tal y en las posibilidades que ofrece de autorrealización, la encíclica analiza las circunstancias laborales que no son congruas con la dignidad humana.

Cuando el papa León XIII publica la encíclica *Rerum Novarum*<sup>89</sup>, las condiciones laborales y el salario dependían exclusivamente del acuerdo entre privados, sin ninguna protección por parte del poder público, dejando así el campo abierto a la ley del más fuerte. Frente a esta doctrina liberal, la RN

---

<sup>86</sup> Se distingue entre la dimensión objetiva y subjetiva del trabajo. La primera se focaliza en la actividad laboral y en la producción. La dimensión subjetiva se centra en el trabajador, es decir, en “todo lo que se refiere indirecta o directamente al mismo sujeto del trabajo”. De ahí deduce la dignidad y el sentido vocacional de la actividad laboral. Cf. LE 5-7.

<sup>87</sup> “El trabajo, por su procedencia inmediata de la persona humana, debe anteponerse a la posesión de los bienes exteriores”. JUAN XXIII, Carta encíclica *Mater et Magistra*, [=MM], 15-05-1961, en AAS 53 (1961) 401-464, n. 107.

<sup>88</sup> GS 34. Toda actividad humana debe estar al servicio del Reino de Dios y de su justicia. Mt 6,25-34; Lc 10,41-42; 1Cor 10,31.

<sup>89</sup> LEÓN XIII, Carta encíclica *Rerum novarum*, [=RN], 15-05-1891, en AAS 23 (1890-1891) 641-670. Sobre el contexto en que surge la RN: MM 11-14; G. JARLOT, *Doctrine pontificale et histoire*, I, 2 vol., Roma 1964, 177-225; B. CORTINA CAMPERO, *El proceso de formación de las ideas sobre las relaciones capital-trabajo en la encíclica “Rerum Novarum”*, Roma 1995.

afirma que el Estado debe intervenir para garantizar un trabajo digno, libre de abusos y explotaciones. El poder público debe defender la dignidad del trabajador y sus “derechos sagrados”<sup>90</sup>, a la vez que protege el bien común de todo el cuerpo social. El salario tiene que estar al servicio del hombre, garantizándole un suficiente tenor de vida, de acuerdo con el derecho natural<sup>91</sup>. Por tanto, no puede depender sólo del mercado o del pacto entre privados, sino de las leyes de la justicia y de la equidad<sup>92</sup>.

El trabajo es personal y necesario<sup>93</sup>, pues está íntimamente ligado a la propia identidad. Más allá de los aspectos ascéticos, el trabajo es una dimensión fundamental del hombre, que desde el inicio ha sido llamado a colaborar con la obra del Creador. Frente a la ideología socialista, el RN afirma que el trabajo es expresión natural de la persona, que con su inteligencia y voluntad se apropia de la creación y adquiere así el derecho a la propiedad privada<sup>94</sup>. Todos tienen el derecho/deber de trabajar<sup>95</sup> y de disfrutar de la riqueza que eso produce<sup>96</sup>. Por tanto, el trabajo no puede reducirse a una simple mercancía, encuadrada en el estrecho límite de las relaciones comerciales e interesadas.

Se ha acusado a esta encíclica de afrontar el trabajo más desde la cruz que desde la resurrección; es decir, de proponer la resignación en vez de animar al empeño activo para cambiar las estructuras socioeconómicas injustas. La actitud resignada y espiritualista admite que un cierto grado de pobreza y de desigualdad social es siempre inevitable en la actual condición humana, por lo que el trabajador debe consolarse con los bienes celestes. Asimismo, la pena asociada al trabajo debe ser aceptada pacientemente, como expiación por los propios pecados. A pesar de que algunas afirmaciones pueden dar pie a esta interpretación<sup>97</sup>, se debe tener en cuenta que la encíclica encuadra estos aspectos en un marco escatológico y trascendente que

---

<sup>90</sup> Resalta el derecho de asociación (RN 36) y la defensa de los más débiles: proletarios (RN 27), mujeres y niños (RN 31).

<sup>91</sup> RN 15. El salario debe garantizar el sustento “sobrio y honesto” al trabajador y a su familia. RN 33-34.

<sup>92</sup> “Queda, sin embargo, latente siempre algo de justicia natural superior y anterior a la libre voluntad de las partes contratantes, a saber: que el salario no debe ser en manera alguna insuficiente para alimentar a un obrero frugal y morigerado”. RN 32.

<sup>93</sup> RN 32.

<sup>94</sup> RN 7. Por tanto, la propiedad privada será asequible a todos y tendrá un trato fiscal benigno. RN 33.

<sup>95</sup> RN 32. Cf. JUAN XXIII, Carta encíclica *Pacem in terris*, [=PT], 11-04-1963, en AAS 55 (1963) 257-304, n. 18; GS 67.

<sup>96</sup> RN 27.

<sup>97</sup> Cf. RN 13.

obliga a empeñarse en la realización de los plenos derechos de los trabajadores. Se deduce también que el mito del progreso capitalista no puede convertirse en la suprema aspiración del hombre.

### 3.2. Pío XI: El trabajo es personal y social

La encíclica *Quadragesimo anno* fue publicada en 1931, cuando la gran depresión de 1929 había dejado en evidencia la debilidad del capitalismo salvaje y había provocado una crisis social sin precedentes, dejando el terreno abonado a la ideología socialista. En ese contexto social, se pone en duda todo el sistema socioeconómico y se aboga por la reforma de instituciones y costumbres<sup>98</sup>. La QA encuadra la “cuestión obrera” en el marco de toda la vida económica y afirma la dimensión social del trabajo. En esta perspectiva, propone la creación de un marco jurídico nacional e internacional, basado en la justicia y en la caridad, para armonizar adecuadamente el interés individual y grupal con el bien común. Se podrá así salvaguardar el doble carácter personal y social del trabajo<sup>99</sup>.

### 3.3. Pío XII: Contra la despersonalización del trabajo

Pío XII inicia su pontificado cuando dominan en Europa los regímenes totalitarios: nazismo, fascismo, franquismo, comunismo ruso. En este contexto, el papa afirma que el Estado no es fin en sí mismo y que tiene que servir a la persona humana, favoreciendo su iniciativa y apoyando las asociaciones intermedias<sup>100</sup>. Concretamente, se ha de evitar la creciente despersonalización de la actividad laboral, que sustituye la solidaridad por la simple organización. El Estado tiene que garantizar el derecho y el deber de todos al trabajo, respetar su carácter personal<sup>101</sup> y crear un marco jurídico que favorezca la colaboración de obreros y patronos en su organización<sup>102</sup>. La activi-

<sup>98</sup> Pío XI, Carta encíclica *Quadragesimo anno*, [=QA], 15-05-1931, en AAS 23 (1931) 177-228, n. 78.

<sup>99</sup> “El trabajo no puede ser valorado justamente ni remunerado equitativamente si no se tiene en cuenta su carácter social e individual”. QA 69. El salario debe ser suficiente para sostener al trabajador y también a su familia, además de permitirle adquirir un modesto patrimonio. QA 71; 63; 74.

<sup>100</sup> El Estado o la comunidad no pueden erigirse en “fin supremo de la vida humana”. Pío XII, Carta encíclica *Summi pontificatus*, 20-10-1939, en AAS 31 (1939) 413-453, n. 40.

<sup>101</sup> Pío XII, *La Solennità*, [=LS], Radiomensaje en el 50 aniversario de la RN, 1-06-1941, en AAS 33 (1941) 195-205, n. 21.

<sup>102</sup> “El deber y el derecho de organizar el trabajo del pueblo pertenecen ante todo a los inmediatos interesados: patronos y obreros”. LS 20.



dad laboral tiene un valor intrínseco, no sólo instrumental, ya que en ella el hombre expresa y desarrolla su identidad de Hijo de Dios.

### 3.4. Juan XXIII: “El trabajo procede inmediatamente de la persona”

Juan XXIII relaciona la identidad personal con el trabajo y afirma que éste no puede ser reducido a algo técnico o económico. El trabajo es prioritario, porque procede inmediatamente de la naturaleza humana<sup>103</sup> y se orienta a perfeccionarla en todas sus dimensiones, incluyendo la santificación personal. Es, pues, necesario que los trabajadores se formen adecuadamente y puedan tomar parte activa en el funcionamiento de la empresa, para que ésta sea de verdad “una auténtica comunidad humana”<sup>104</sup>.

El papa constata la creciente internacionalización de los problemas del trabajo. Con un acercamiento positivo a las realidades temporales, Juan XXIII reconoce que se han dado avances en el Estado de bienestar y en la cuestión obrera, pero constata también que ha aumentado el desequilibrio entre pobres y ricos, a nivel nacional y mundial<sup>105</sup>. Para que todos puedan acceder a un trabajo digno y puedan ejercer sus derechos en libertad, es necesario promover la formación profesional, que se ha convertido en la principal riqueza del individuo, más importante que la posesión de bienes materiales<sup>106</sup>.

### 3.5. Vaticano II: Trabajo humano y humanizante

El Vaticano II es el primer Concilio que analiza directamente el tema del trabajo. Partiendo de una apertura positiva a la cultura moderna, lo presenta como bien en sí mismo y lo encuadra en el contexto de toda la teología, superando así el marco de la cuestión social. La actividad laboral, incluso la más ordinaria, es un don divino, que permite al hombre colaborar en la obra creadora, asociarse a la redención y edificar los nuevos cielos y la nueva tierra<sup>107</sup>.

El trabajo es humano y humanizante, pues con su actividad el hombre “no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí

<sup>103</sup> MM 107. “El hombre tiene derecho natural a que se le facilite la posibilidad de trabajar y a la libre iniciativa en el desempeño del trabajo”. PT 18.

<sup>104</sup> MM 91-96; Cf. GS 67-68; LE 14.

<sup>105</sup> MM 157.

<sup>106</sup> Hoy día, “el hombre prefiere el dominio de una profesión determinada a la propiedad de los bienes y antepone el ingreso cuya fuente es el trabajo”. MM 106.

<sup>107</sup> El trabajo corresponde al diseño divino y desarrolla la obra del Creador. GS 34.

mismo”<sup>108</sup>, desarrolla “sus cualidades y su personalidad”<sup>109</sup>, cultiva y realiza “íntegramente su plena vocación”<sup>110</sup>, se santifica para poder servir a los demás en la caridad<sup>111</sup>. Por tanto, el obrero debe poder participar activamente en la gestión de la empresa<sup>112</sup>, sintiéndose protagonista de lo que produce. Este planteamiento optimista sobre el trabajo no oscurece la importancia de actividades menos productivas y de otras dimensiones fundamentales de la persona como la contemplación, el saber y los aspectos lúdicos. Por tanto, se debe garantizar un tiempo suficiente de descanso y de ocio.

El concilio encuadra el trabajo en la teología de la cruz y en la escatología<sup>113</sup>, poniendo en evidencia que el trabajo y el progreso no son un absoluto y que con frecuencia están ligados a contradicciones y ambigüedades. El Vaticano II afirma que la actividad laboral afecta a toda la sociedad y tiene prioridad sobre los demás elementos de la vida económica<sup>114</sup>. Se evita así la perspectiva individualista del trabajo.

### 3.6. Pablo VI: Trabajo y desarrollo integral de la humanidad

Cuando Pablo VI publica la carta apostólica *Octogesima adveniens*, en ocasión del 80º aniversario de la RN, los problemas relativos a la cuestión social y al trabajo han adquirido ya dimensiones planetarias. La transformación de la industria y de la técnica permiten ya que el hombre domine la naturaleza, pero “¿no se esté convirtiendo ahora en esclavo de los objetos que fabrica?”<sup>115</sup>. A la explotación del proletario industrial se une el sufrimiento de millones de personas, víctimas de la miseria en el tercer mundo. Por tanto, la cuestión social no puede reducirse a discutir la viabilidad de los modelos liberal o socialista, sino que tiene que tratar también el desequilibrio norteamericano y el fracaso de los modelos económicos que lo han generado.

---

<sup>108</sup> GS 35.

<sup>109</sup> GS 67.

<sup>110</sup> GS 35.

<sup>111</sup> GS 35; Cf. LE 9. La caridad es “la ley fundamental de la perfección humana”. GS 38.

<sup>112</sup> GS 68.

<sup>113</sup> El progreso temporal no equivale a “crecimiento del Reino de Cristo” y será válido en tanto en cuanto “puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana”. GS 39.

<sup>114</sup> “El trabajo humano [...] es muy superior a los restantes elementos de la vida económica, pues estos últimos no tienen otro papel que el de instrumentos”. GS 67.

<sup>115</sup> PABLO VI, Carta apostólica *Octogesima adveniens*, [=OA], 14-05-1971, en AAS 63 (1971) 401-441, n. 9. “Urge reconstruir [...] el tejido social, dentro del cual hombres y mujeres puedan dar satisfacción a las exigencias justas de su personalidad”. OA 11.

Respondiendo a esta situación, la encíclica *Populorum progressio* propone el desarrollo integral de todos los hombres y de todo el hombre<sup>116</sup>. Es necesario cambiar los modelos de desarrollo, para que el trabajo se ponga al servicio de la persona, complete y humanice la creación y establezca relaciones fraternas con todos los hombres<sup>117</sup>. Se han ampliado las modalidades del trabajo, que con frecuencia es “más científico y mejor organizado”, pero no han desaparecido los riesgos de convertirlo en deshumanizante y esclavizante “si no permanece inteligente y libre”<sup>118</sup>.

### 3.7. Juan Pablo II: El evangelio del trabajo

Juan Pablo II, sobre todo con la encíclica *Laborem Exercens*, intenta recuperar el sentido y la centralidad del trabajo en la sociedad tecnológica, pues humanizando el trabajo se resolverá la cuestión social<sup>119</sup>. Para ello, se detiene en analizar su significado antropológico y teológico. Propone una nueva cultura personalista, distinta a la impuesta por la sociedad del mercado, que ha reducido el trabajo a simple mercancía, cuantificable en base al beneficio o al consumo<sup>120</sup>. En realidad, más que del trabajo en sí mismo, el papa habla del hombre en el trabajo, pues él es centro y sujeto de esa actividad. “El trabajo está «en función del hombre» y no el hombre «en función del trabajo»”<sup>121</sup>.

Distingue entre el aspecto subjetivo y objetivo del trabajo, para afirmar que el trabajo es ante todo una actividad del sujeto personal y que ahí radica su auténtico valor. La actividad laboral es inherente al ser humano y “constituye, en cierto sentido, su misma naturaleza”<sup>122</sup>. Trabajando, el ser humano

<sup>116</sup> PABLO VI, Carta encíclica *Populorum progressio*, [=PP], 26-03-1967, en AAS 59 (1967) 257-299, n. 14. “El desarrollo es el nuevo nombre de la paz”. PP 87. Siguiendo esta línea, Juan Pablo II habla de “estructuras de pecado”, que es preciso superar con una nueva economía de rostro humano, basada en una solidaridad globalizada. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis*, [=SRS], 30-12-1987, en AAS 80 (1988) 513-586, n. 36; Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, [=RH], 4-03-1979, en AAS 71 (1979) 257-324, n. 16.

<sup>117</sup> PP 27-28. “El trabajo une las voluntades, aproxima los espíritus, funde los corazones; al realizarlo así, los hombres se reconocen como hermanos”. PP 27.

<sup>118</sup> PT 28. “El trabajo, sin duda ambivalente”. *Ibid.*

<sup>119</sup> LE 3.

<sup>120</sup> Hoy prevale una “civilización unilateralmente materialista, en la que se da importancia primordial a la dimensión objetiva del trabajo” (LE 7) y al consumismo (CA 36).

<sup>121</sup> “El primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo”. LE 6; CEC 2428. El trabajo procede la persona y a ella se orienta; pues ella “es el factor decisivo”. CA 32.

<sup>122</sup> LE, prólogo. El trabajo es “una de las características que distinguen al hombre del resto de las criaturas”. *Ibid.*

“se hace más hombre”<sup>123</sup>, mejora la creación y perfecciona su identidad de imagen del Dios creador y redentor<sup>124</sup>. En el trabajo “*participa el hombre completo, su cuerpo y su espíritu*”<sup>125</sup>, expresando en modo concreto la propia vocación y santificándose a través de la completa donación de sí mismo. Por tanto, el trabajo subjetivo tiene prioridad sobre el capital y la producción<sup>126</sup>, sobre la ciencia y la técnica<sup>127</sup>, sobre la propiedad privada y los medios de producción<sup>128</sup>. Se contradice así al economicismo, que está a la base de los sistemas capitalista y marxista.

La preeminencia de la dimensión subjetiva del trabajo implica también respetar la naturaleza, recuperando aquella “actitud desinteresada, gratuita, estética que nace del asombro por el ser y por la belleza”<sup>129</sup>. La naturaleza no es pura materia neutra que el hombre tiene que modelar a su antojo, sino más bien bendición, regalo divino y, por tanto, valiosa en sí misma. En ella sigue presente y actuante el Dios creador<sup>130</sup>. El trabajo perfecciona la creación<sup>131</sup>, y ésta, a su vez, se dona al hombre<sup>132</sup>. Por tanto, el desarrollo debe estar atento al equilibrio ecológico, a “la renovabilidad de los recursos y a las consecuencias de una industrialización desordenada”. Cuando el hombre ignora las “leyes no sólo biológicas, sino también morales”<sup>133</sup>, “la naturaleza se le rebela y ya no le reconoce como señor”<sup>134</sup>.

El trabajo es un derecho y un deber de todo hombre, en cuanto ser social<sup>135</sup>. La organización del trabajo debe favorecer la cooperación, la auto-

---

<sup>123</sup> LE 9.

<sup>124</sup> LE 82. Debemos “imitar a Dios creador tanto trabajando como descansando”. LE 25.

<sup>125</sup> LE 24.

<sup>126</sup> LE 12. El trabajo tiene prioridad absoluta sobre el capital y, por tanto, los obreros deben tener parte en la propiedad de los bienes de producción. No obstante, se reconoce que esos bienes pueden estar en manos privadas. LE 14; CA 31-32. Ya antes se afirmaba que el trabajo es el modo principal de adquirir la propiedad (RN 3;7;33; MM 112; GS 69), pero no se insistía en la copropiedad de los bienes de producción.

<sup>127</sup> LE 13.

<sup>128</sup> LE 14. La propiedad privada tiene que estar al servicio del trabajo; por tanto resulta ilegítima cuando “sirve para impedir el trabajo de los demás u obtener unas ganancias que no son fruto de la expansión global del trabajo y de la riqueza social”. CA 43.

<sup>129</sup> CA 37.

<sup>130</sup> Cf. GS 34; LE 25. “La tarea es «dominar» las demás creaturas, «cultivar el jardín»; pero hay que hacerlo en el marco de *obediencia* a la ley divina y, por consiguiente, en el respeto de la imagen recibida”. SRS 30.

<sup>131</sup> LE 25.

<sup>132</sup> LE 12.

<sup>133</sup> SRS 34.

<sup>134</sup> SRS 30; Cf. CA 37.

<sup>135</sup> LE 15-16.

organización y la solidaridad<sup>136</sup>, para que cada trabajador se sienta estimulado a poner lo mejor de sí mismo al servicio del bien común<sup>137</sup>. Juan Pablo II propone ampliar el concepto de solidaridad entre los trabajadores, para que responda no sólo a los intereses del propio sector, sino también al bien común de todos los hombres. En este sentido, se habla de la importancia del dador de trabajo indirecto, es decir, de aquellos factores que condicionan el sistema socio-económico a nivel planetario<sup>138</sup>.

El Papa afirma también la espiritualidad del trabajo<sup>139</sup>. El misterio de la encarnación desvela el “evangelio del trabajo”, pues Cristo es el modelo y la vía de purificación de toda la actividad humana<sup>140</sup>. Trabajando, el ser humano se realiza como imagen de Cristo y se prepara para el descanso definitivo en la “tierra nueva”<sup>141</sup>. La fatiga y las dificultades asociadas al trabajo adquieren un valor positivo y humanizante cuando son vividas en unión a Cristo crucificado y ofrecidas a Dios con amor<sup>142</sup>. De este modo, el trabajo se convierte en agradecimiento, culto y oferta a Dios<sup>143</sup>.

## Conclusión

La teoría social moderna parece haber olvidado la oblatividad, el don gratuito, y en su lugar ha puesto el contrato social y la ética de mínimos, relegando el resto de los valores al ámbito privado. Para evitar males mayores, se intenta encauzar la “inevitable” guerra de intereses, el individualismo feroz y la ley del más fuerte. En este contexto de desconfianza mutua, los derechos humanos son barreras protectoras frente a los previsibles abusos, en vez de sentar las bases para que cada uno pueda desarrollar confiadamente su

<sup>136</sup> CA 16.

<sup>137</sup> CA 32. “Mediante su trabajo, el hombre se compromete no sólo en favor suyo, sino también *en favor de los demás y con los demás*”. CA 43.

<sup>138</sup> LE 17. Se ha dicho que la encíclica CA es más benévola con el sistema económico liberal que la LE, pues insiste en la libertad y la subsidiariedad frente al intervencionismo del Estado colectivista o asistencial (CA 48); reconoce que “la moderna *economía de empresa* comporta aspectos positivos”; alaba “la diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables...”. CA 32.

<sup>139</sup> La Iglesia propone “una *espiritualidad del trabajo*, que ayude a todos los hombres a acercarse a través de él a Dios, Creador y Redentor”. LE 24.

<sup>140</sup> LE 26.

<sup>141</sup> LE 25. “Se descubre en esta cruz y fatiga un bien nuevo que comienza con el mismo trabajo [...] como un anuncio de los cielos nuevos y de la tierra nueva”. LE 27.

<sup>142</sup> “Soportando la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad”. LE 27; CEC 2427.

<sup>143</sup> CEC 1368.

innata capacidad de donación. El trabajo no es expresión de solidaridad y de colaboración al bien común, sino lucha soterrada por llegar más alto, competencia desleal por obtener para sí los mayores beneficios. Se supone que el trabajador es un oportunista interesado, que trata de lograr la mayor ganancia con el mínimo esfuerzo, por tanto hay que tenerlo bajo control, con la doble estrategia del incentivo financiero y de la amenaza de penalización ante cualquier abuso.

Frente a esta visión negativa de la naturaleza humana, la teología cristiana afirma que el ser humano es imagen perenne del Dios trinitario y, por tanto, es capaz de altruismo y solidaridad. Si el egoísmo no es inevitable, tampoco hay necesidad de construir un sistema social excesivamente centrado en el enfrentamiento de intereses individualistas. El ámbito de la política y del trabajo no son ajenos a la economía de la salvación, pues la actividad laboral, considerada en sí misma, responde a la voluntad divina y es como un ministerio de colaboración en la obra del Creador. Podemos trabajar juntos para construir el bien común, en perenne escucha de la Palabra de Dios y poniendo al servicio de los demás los carismas que gratuitamente hemos recibido.

Desde esta lógica personalista del don, no interesa tanto lo que el hombre hace, cuanto el por qué lo hace. Independientemente del salario o del objeto producido, el trabajador desarrolla su propia humanidad, responde a su vocación y construye la vida social: crea algo para alguien, trabaja con los otros y para los otros<sup>144</sup>. Por eso el trabajo es “la clave esencial de toda la cuestión social”<sup>145</sup>. Esta tarea humana y humanizante expresa y potencia la capacidad de donarse en libertad, para construir relaciones pacíficas con los demás, con la creación y con el mismo Dios.

MARTÍN CARBAJO NÚÑEZ, ofm

---

<sup>144</sup> LE 8; CA 31.

<sup>145</sup> LE 3.